

alta mar

Misterio

La Cofradía de la Luna Roja



J. R. Barat

 Bruño

alta  mar

Misterio

La Cofradía de la Luna Roja

J. R. Barat



Ilustración
María Simavilla

Taller de lectura
Carlos Álvarez de Eulate

© J. R. Barat
© Grupo Editorial Bruño, S. L., 2021
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.brunolibros.es

Dirección editorial
Begoña Lozano

Edición
Carmina Pérez

Preimpresión
Alberto García

Diseño
Inventa Comunicación

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin el permiso escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción o la transmisión total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento mecánico o electrónico, incluyendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Pueden utilizarse citas siempre que se mencione su procedencia.

ISBN: 978-84-696-6306-6
Depósito legal: M-204-2021

Printed in Spain

J. R. Barat

El autor



- Nació en una aldea de la huerta de Valencia llamada Borbotó la noche del 7 de agosto de 1959.
- Creció feliz entre gentes campesinas y humildes.
- Pudo ser agricultor, músico, futbolista o marinero, oficios que siempre lo fascinaron.
- Desde su más tierna infancia fue aficionado a los tebeos y los libros. Se licenció en Filología Clásica e Hispánica. Es catedrático de Lengua y Literatura española.
- Está casado y es padre de dos hijos. Le encanta estar con su familia, cuidar el jardín y cocinar platos raros.
- Es un enamorado de la música clásica. Adora a Mozart y a Puccini. Todos los días sueña con un mundo más justo. Ah, y de vez en cuando, toca la guitarra.

alta  mar

Para ti...

Antes de que pases esta página debo advertirte una cosa: cuando empieces a leer la historia de Alba, no podrás dejarla hasta el final. No es amor de autor (bueno, un poco sí...), sino la pura verdad, porque esta novela lo tiene todo: una protagonista con voz propia llamada Alba que, durante el verano más intenso de su vida, descubrirá que la vida es mucho más complicada de lo que creía, un pueblo perdido, una pandilla inesperada, una casa heredada que guarda numerosos secretos, un pozo maldito y una tierra que esconde muchos cadáveres... Y todo ello a la luz de una misteriosa luna roja. ¿Se puede pedir más?

Espero que disfrutes con la lectura de esta historia tanto como lo he hecho yo al escribirla.



La carta



E llamo Alba y esto que voy a contar es la historia más extraña del mundo. Mi historia. Sí. Me ha sucedido a mí y, aunque asegure y vuelva a asegurar que es un caso real, sé que habrá mucha gente incrédula, de esa que desconfía de todo lo que cuentan los demás. Habrá quienes piensen que lo que voy a relatar es fruto de la imaginación desbordante de una niña de doce años, que debería estar ocupada en sus tareas escolares o tocando el piano, para hacer algo de provecho.

Todo comenzó cuando papá recibió una carta. Recuerdo que era un viernes lluvioso, a finales de febrero. Se sentó en la butaca que tiene junto al ventanal del comedor, la que usa para leer y para dormirar cuando mi madre, Santi y yo nos quedamos viendo una peli los sábados o los domingos por la tarde. También recuerdo que yo estaba haciendo ejercicios de matemáticas y que mi hermano se esforzaba por aprenderse de memoria los nombres de un montón de animales en inglés. Nos acercábamos al final de la segunda evaluación

y los dos teníamos exámenes por un tubo. Mi madre intentaba arreglar con un bote de cola una figura de porcelana rota.

Estábamos en silencio, como una familia feliz, concentrado cada uno en lo suyo, cuando de repente mi padre se levantó del sofá y soltó una exclamación de lo más inusual.

—¡Rayos y centellas!

Eso dijo. Sí. Lo recuerdo perfectamente porque yo no sé lo que son las centellas y me puse alerta. Me sucede siempre que oigo una palabra que desconozco. O voy al diccionario a buscarla o se lo pregunto directamente a mi madre.

—Mamá, ¿qué son las centellas?

Mi madre ni siquiera me miró. Tampoco respondió nada. Se había quedado como una estatua, la pieza de porcelana en la mano derecha, el bote de cola en la izquierda, un poco de perfil, sin dejar de contemplar a mi padre. Parecía una imagen congelada en el vídeo.

—¿Qué sucede? —dijo al cabo de unos segundos.

Mi padre fue hasta el centro del comedor con la carta en la mano. Blandía el papel como si fuera un trofeo o una bandera. Santi también dejó de mirar el libro de inglés. Se ajustó las gafas y desvió los ojos hacia mi padre.

—¡Hemos heredado una casa!

La exclamación de mi padre desató un oleaje de ceños fruncidos.

—¡Hemos heredado la casa de mis abuelos en Azanca!

A mi madre se le cayó la figura de porcelana. Era una pagoda china. Se hizo añicos al estrellarse contra el suelo. Estoy seguro de que ni con toda la cola del mundo sería capaz de recomponerla.

Por fin reaccionó. Se acercó hasta mi padre, que ni siquiera había hecho caso de la pagoda china rota en mil pedazos.

—¿Qué dices, Carlos?

—Lo que oyes, Isabel. La casa de mis antepasados, la del pueblo.

Mi madre se quedó unos segundos sin saber cómo seguir la conversación. No hizo falta porque mi padre continuó hablando, cada vez más alto, como si fuera un comentarista de fútbol, animándose con sus propias palabras. Ya ni recordaba la última vez que lo había visto tan excitado. Creo que fue cuando el Rayo Vallecano, su equipo de toda la vida, ganó un partido muy difícil en la prórroga contra el Real Madrid o el Atlético de Madrid, no me acuerdo bien.

—Pero esa casa... —balbuceó mi madre, como regresando de un viaje astral—. Esa casa... ¿no lleva cerrada medio siglo?

Mi padre sonrió un poco forzado, como queriendo quitar importancia a lo que iba a decir a continuación.

—Bueno, un poco más... Unos ochenta años... A lo mejor, noventa...

Mi madre se dejó caer en el sofá.

—¿Y cómo es que hemos heredado ese caserón en ruinas? —preguntó subrayando la expresión «caserón en ruinas»—. Si nunca hemos estado en ese pueblo que... ¿cómo has dicho que se llama?

—Azanca.

—Eso. No sabemos ni dónde está.

—En Cuenca.

Mi hermano Santi y yo seguíamos la conversación entre mis padres como dos espectadores de tenis.

—¿Te acuerdas de que hace cuatro meses murió mi abuelo Diego en la residencia?

—Claro. Llevabas sin verlo un montón de años.

—Bueno. Eso ahora no viene a cuento. Mi abuelo Diego siempre fue un hombre raro y solitario. No quería que nadie fuera a visitarlo. La última vez que estuve allí ni me reconoció. ¿Sabes lo que me dijo?

Mi madre se quedó mirando a papá sin mover un músculo de su cara.

—«¡Perdóname, padre! ¡Yo no pude hacer nada por ella! ¡Estaba asustado!».

—¿Y a qué se refería?



—¡Y yo qué sé! Cuando le comenté que yo no era su padre y que no sabía de lo que me estaba hablando, me dijo que la culpa la había tenido el pozo.

—Los viejos dicen cosas sin sentido.

—Ya. Luego la enfermera le dio un calmante y se durmió delante de mí, como si estuviera solo. Me quedé un rato con él, viendo cómo dormía, hasta que terminó la hora de visita. En el testamento nos deja la casa de Azanca. Somos los únicos herederos.

Mamá se levantó. Fue a la galería y regresó con la escoba, el recogedor y el cubo de la basura. Se puso a barrer los trozos de porcelana en silencio. La lluvia sonaba en las ventanas como una musiquilla de cristal.

Papá se volvió hacia nosotros, que mirábamos la escena sin entender muy bien de qué estaban hablando.

—¡Chicos! ¿Os apetece un veraneo en la sierra?

Santi y yo nos miramos. A ninguno de los dos nos gusta mucho el campo. Santi es alérgico a los bichos y a mí me fríen los mosquitos. En una sierra habría millones de insectos. Sin necesidad de palabras, mi hermano y yo nos pusimos de acuerdo.

—¿Es inevitable? —pregunté yo, arrugando la nariz.

—¿Inevitable? —Mi padre lanzó una carcajada exagerada—. ¡Es maravilloso! ¡Vamos a restaurar la casa de mis antepasados y seremos la envidia de todo el mundo viviendo felices en la montaña durante los meses de verano!